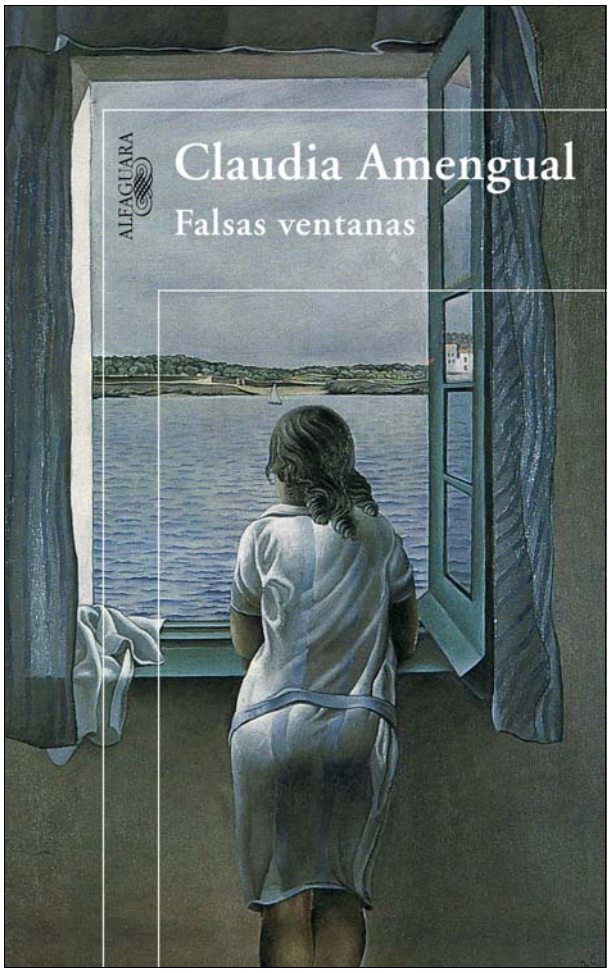
Falsas ventanas el nuevo libro de Claudia Amengual

Un barrio de trabajadores observa con impotencia cómo cierra y demuelen una fábrica que era parte de su vida, y la incertidumbre ante lo que vendrá comienza a generar angustia.



El narrador en *Falsas ventanas* es un viejo corrector literario que vive con su mujer y que siente, como los demás, que algo inquietante está por ocurrir.

Porque lo que pasa no es solo lo que se ve: un grupo de vecinos alterados por los rumores de una construcción moderna. Lo que efectivamente sucede trasciende el barrio e impide ver los propios fantasmas, percibir las fobias y las obsesiones, advertir las señales de la locura, que no necesitan más que un mísero disparador –la demolición de una fábrica– para manifestarse en su auténtica monstruosidad.

Fragmentos del libro:

"El caso es que la fábrica cerró un mal día y los obreros decidieron ocuparla. Se instalaron con familia y enseres, montaron un pequeño campo de refugiados, aprendieron lo básico de la autogestión y administraron cada peso que entraba por concepto de changas, pensiones —quién sabe— algún robo menor. Pronto se armó allí una sociedad en miniatura que reclamó normas para ganarle al caos. *La única lucha que se pierde es la que se abandona*, decía un grafiti a la entrada, pero aquello duró cuanto fue posible soportar la barbarie de los inviernos y la presión que el mundo ejercía desde afuera".

"Las torres eran dos moles. Cayeron en toda su altura, enteras, algo dignas, irremediablemente condenadas, para estrellarse contra el suelo, desde donde se alzó una nube rojiza que los curiosos mirábamos a distancia. Apenas disipada, algunos corrimos

para alcanzar un trozo de ladrillo, testigo de aquella fábrica que había sido el crisol del barrio por más de cuatro décadas. Yo me guardé un cubito en el bolsillo, pero vi a unos vecinos llevarse bloques enteros y hubo uno que se permitió el descaro de cargar una carretilla, lo que nadie perdonó porque incluso la aparente fealdad de la pobreza tiene normas de buen gusto."

"¡Mi mujer! Cada tanto lo digo y me doy pena. Elisa nunca fue mujer de nadie. Cuando le preguntaba si no se sentía sola, me decía que con Alcira alcanzaba. Alcira es una gata siamesa que le regalé hace un par de años. La compré porque ella siempre había soñado con un gato, pero confieso que hasta que no vi la ternura reflejada en su rostro y aquel abrazo de instantánea aceptación, no descarté la posibilidad de regresar a la veterinaria con gata y todo. Se emocionó esa tarde, pero no lloró. Nunca lloraba. No sabía llorar".

"Aquella tarde, cuando aún no había terminado de desvanecerse la desazón por las torres caídas y flotaba en el ambiente el hálito lúgubre de algo parecido a la muerte, como de la nada nació un rumor. Fue algo tímido al principio, como un balbuceo, pero que, a fuerza de ser repetido, pronto tuvo la contundencia inapelable de una verdad. Y la palabra Eso —que nadie definía, quizá porque no había certeza de lo que se estaba hablando o quizá porque Eso era demasiado terrible para ser nombrado— se instaló en el barrio la misma noche de la tarde en que fueron demolidas las torres y cayó sobre todos la inminencia aterradora del cambio. Se decía que Eso estaba ya entre nosotros, que algunos lo habían presagiado y nadie le había prestado oídos, que no demoraría en suceder; quizás el lunes ya amaneciera con Eso anidado en el barrio como un tumor. Pronto creció el runrún de los peores horrores; la palabra expropiación desplegó sus alas y fue una enorme águila de negrura que comenzó a sobrevolar".

"Por esos días empezó lo de las llamadas telefónicas. Lo recuerdo bien porque cada timbrazo era como una aguja que se me clavaba en el cerebro. Elisa no atendía. Un día, años atrás, había dejado de hacerlo. No hubo más explicación que una ligera incomodidad ante lo imprevisible de cada llamada, algo que yo podía entender, aunque me parecía una reacción exagerada. Eran señales. Elisa las fue dando durante toda la vida, pero yo no las supe interpretar. Mi padre decía que era una egoísta, que solo pensaba en sus cosas, una egoísta incapaz de amar. Mientras la fiebre me tuvo en la cama, Elisa dejó que el teléfono sonara sin piedad, una, diez, veinte, cien veces en el día. Incluso en el sopor de la fiebre, supe que de nada serviría que le rogara atender, y ella ni siquiera tuvo la delicadeza de desconectar el aparato. Más tarde, cuando le pregunté si no perdía la concentración con tanto ruido, me dijo que no lo oía. Tenía esa asombrosa capacidad. Podía fingir que algo o alguien no existía sólo porque le era indiferente. Alguna vez llegué a pensar que yo había caído en aquella bolsa de indiferencias, pero durante los días que permanecí en cama, fue una buena enfermera; no diría amorosa, pero sí atenta a mis necesidades".

DATOS DE LA AUTORA

Claudia Amengual nació en Montevideo, en 1969. Es Traductora Pública y Licenciada en Letras. Ha publicado numerosos cuentos, algunos de los cuales han sido premiados y traducidos e integran antologías en Uruguay, Colombia, México, España, Argentina, Alemania y Francia. Es autora de las novelas *La rosa de Jericó* (2000; Punto de Lectura, 2005); *El vendedor de escobas* (2002; Punto de Lectura, 2005); *Desde las cenizas* (Alfaguara, 2005) y *Más que una sombra* (Alfaguara, 2007).
En 2004, recibió una beca de la Fundación Carolina para Estudiar Edición en la Universidad Complutense de Madrid y en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander. En 2006, su novela *Desde las cenizas* fue distinguida con el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, otorgado por la Universidad de Guadalajara y la Feria Internacional del Libro de la misma ciudad.
Actualmente, es columnista de la revista *Galería*, del semanario *Búsqueda*, y colabora en publicaciones del exterior. Fue seleccionada por el jurado de Bogotá39 y el Hay Festival entre los escritores jóvenes más destacados de América Latina.

www.claudiaamengual.com.uy **amengualclaudia@gmail.com**

Ficha del libro
Título: ***Falsas ventanas***
Autora: Claudia Amengual
Sello: Alfaguara
Paginas: 226
ISBN: 9789974954779
PVP: $ 390
Fecha de publicación: abril de 2011